

# EL CÍRCULO DEL FÉNIX

LAS AVENTURAS DE CASSANDRA  
JAMISTON

Carolyn Grey

 **ViaMagna**  
EDICIONES

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Le Cercle Du Phénix  
Traducción: Laura Nadine Martinez

- © 2008 Carolyn Grey. Reservados todos los derechos.
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Laura Nadine Martinez. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2010

ISBN: 978-84-92688-71-5

Depósito Legal: B-10162/10

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Liberduplex S.L.

**Editorial ViaMagna**  
Gran Vía de Carlos III, 84  
Entresuelo 3º  
Barcelona, 08028  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

## PRÓLOGO

En el agua oscura y glacial, su largo cabello se ha desplegado, similar a las alas de un cuervo. Su rostro de rasgos aún infantiles ha adquirido un reflejo plateado. No lucha. Sus labios descoloridos por el frío solo forman palabras inaudibles. Oración, amenazas, perdón... ¿Cómo saberlo ahora? Con sus ojos abiertos de par en par, brillantes como joyas, mira a su homicida con una intensidad conmovedora. Debe de ser consciente de que la mano que le mantiene la cabeza bajo el agua es controlada por una voluntad inflexible, una voluntad que nada ni nadie puede detener en su impulso mortal. Este sacrificio, por muy atormentador que resulte, es necesario. Así es.

En unos minutos, en unos segundos, habrá muerto.

Entonces, todo habrá terminado.

Y por fin, todo podrá empezar.

# PRIMERA PARTE

# I

1860

Apoyado en la borda húmeda, con el rostro azotado por un viento fresco y vigorizante, Nicholas Ferguson miraba con satisfacción cómo se alejaban las costas francesas, inundadas por el templado sol de otoño. La goleta en la que embarcó al alba navegaba ahora a buena velocidad en el agitado oleaje, con sus velas hinchadas por el potente viento marino. Si el resto del viaje tuviera lugar sin más incidentes, llegaría a Londres esa misma tarde.

Se llevó la mano al bolsillo de su abrigo y acarició, pensativo, el paquete que contenía, el mismo que le había costado la vida a su padre. Siguiendo sus recomendaciones, Nicholas se apresuró a destruir la carta que lo acompañaba. El secreto debía seguir siendo absoluto, lo que estaba en juego era demasiado importante.

Volver de París sin que lo localizasen no fue cuestión baladí, obligado a valerse de argucias para librarse de sus perseguidores. Los perdió en Beauvais, luego los volvió a ver en Amiens justo cuando pasaba delante de la catedral. Allí, Nicholas consiguió distanciarse de ellos una vez más. Sabía que ante él se alzaba un adversario en expansión y despiadado. Un rictus de ira crispó sus rasgos al pensar en ello. No, no debía dejar que el furor lo invadiera bajo ningún concepto. Debía conservar la calma y tener las ideas claras para que

hubiera una posibilidad de salir vivo de la trampa en la que cayó al contestar a la llamada de su propio padre.

Nicholas o aspiró profundamente varias veces el aire de alta mar, dejando que el olor acre de la sal penetrase en su nariz. Poco a poco, se tranquilizó y pudo considerar con una serenidad relativa el cariz que tomarían los acontecimientos.

Una vez llegado a Londres, tendría que dar un pequeño rodeo por la casa de Prince Street, con la esperanza de que sus enemigos no lo esperasen allí, y luego visitar lo antes posible a esa Miss Jamiston a la que su padre también había implicado en aquel peligroso asunto. Él siempre fue un hombre singular. ¡Confiar una responsabilidad tan grande a una mujer! ¡Qué locura, qué imprudencia! Nicholas se preguntó qué tipo de mujer podía ser Miss Jamiston. Un carácter fuerte, seguramente. ¿Quizás incluso era hermosa? No obstante, tenía sus dudas: su padre siempre despreció a las mujeres guapas, pensaba que eran fútiles y tontas, opinión que Nicholas no compartía en absoluto. Cuestión de edad, probablemente...

En fin, era inútil perder más tiempo en suposiciones estériles. En unas horas, satisfaría su curiosidad. Más valía descansar antes de empezar la lucha. Nicholas estrechó la funda de su pistola, gris del polvo del viaje, contra su pecho y se sentó lo más cómodamente posible en un rincón del barco, en medio de las viejas redes de pesca y de los rollos de jarcias roídos por la sal. Sobre su cabeza, unas gaviotas se arremolinaban emitiendo penetrantes gritos.

Pronto, Inglaterra desvelaría sus oscuras y nubosas costas.